

Reseñas / Book reviews

Edoardo BARBIERI (ed.), *Imago librorum: mille anni di forme del libro in Europa: atti del convegno di Rovereto-Trento, 24-26 maggio 2017*, Milano, Leo S. Olschki, 2021, 523 p., (Biblioteca di Bibliografia: documents and Studies in Book and Library History; 215), ISBN 978-88-222-6773-3.

Bajo la coordinación de Edoardo Barbieri se ha publicado esta recopilación de veintiún trabajos de autores italianos (principalmente), alemanes, británicos, españoles, estadounidenses y franceses fruto del proyecto del mismo nombre y de la reunión científica a la que dio lugar celebrada en el Palazzo Geremia de Trento del 24 al 26 de mayo de 2017 junto con una exposición cuasi homónima: *Imago librorum: mille anni di forme del libro attraverso le collezioni della Biblioteca Civica di Rovereto e della Biblioteca Comunale di Trento* celebrada en la Biblioteca Civica «G. Tartarotti» de Rovereto entre mayo y junio del mismo año sobre el libro como objeto y las formas que ha adoptado a lo largo de los siglos. Ambas iniciativas (congreso y exposición) estuvieron patrocinadas por la Università Cattolica del Sacro Cuore, el Centro di Ricerca Europeo Libro, Editoria, Biblioteca (C.R.E.L.E.B.) y la Asociación Italiana de Bibliotecas (AIB) Sección Trentino Alto Adige-Südtirol. Este grueso volumen forma parte, con el número 215, de la colección *Biblioteca di bibliografia: Documents and Studies in Book and Library History* dirigida por Edoardo Barbieri y publicada por la prestigiosa editorial florentina Leo S. Olschki.

En *Imago librorum* se ha pretendido abordar el discutido problema de la evolución de la presentación del libro en el amplio espacio cronológico que abarca desde la Baja Edad Media hasta el momento presente en el ámbito territorial de la Europa Occidental con contribuciones muy diferentes que ofrecen distintas perspectivas originadas en lugares diversos partiendo de puntos no siempre próximos. Esta obra se ha centrado en el libro como un objeto material que ha protagonizado en algo más que el último milenio de la historia de Europa occidental, perfilando y documentando los aspectos más significativos de ese extraordinario acontecimiento que se ha denominado Europa.

Este conjunto de veintiuna aportaciones está introducido –tras un prefacio del propio Barbieri en el que da a conocer la génesis y el contenido del volumen– por el director de investigación del CNRS francés Frédéric Barbier. En esta introducción cuyo título coincide con el del congreso la exposición y el volumen, aunque con el sugerente subtítulo *tra rappresentazione e immagine del libro*, el investigador francés estudia la *mise en livre*, según propuso Henri-Jean Martin, que permite una reflexión más particular sobre todos los elementos que, sin pertenecer al texto en sí mismo, intervienen en la

construcción y caracterizan una edición en especial como tal y la *mise en texte* por lo que hace referencia a su intervención en su recepción. Propone, que se debe encaminar el estudio, si se quiere arqueológico, del objeto libro sin perder de vista los contextos técnico, económico, social, cultural, político... de los fenómenos que se describen y estudian, debiendo entender la historia del libro como una historia total.

Tras el prefacio y la introducción se encuadran las distintas aportaciones reunidas en cuatro apartados específicos.

El primero de ellos lleva por título *Non di solo codex. Forme alternative del libro occidentale* con cinco colaboraciones centradas principalmente en el formato de rollo, bien sea como *volumen* o como *rótulus*. La primera de ellas *Rotoli medievali greci e latini (e non solo): tipologie, funzioni, prospettive di ricerca* es obra de Marilena Maniaci de la Università di Cassino que profundiza en las características de ese formato. Una segunda es de Don C. Skemer de la Biblioteca de la Princeton University, con el enunciado *Magic Rolls and Folding Sheets: Physical Forms of Textual Amulets in the Middle Ages* que se ocupa de los amuletos mágicos compuestos en rollos que se encuentran presentes en diferentes lugares y culturas. La siguiente, que se destina a un manuscrito en concreto de la Biblioteca Trivulziana de Milán, es obra de Marco Rainini de la Università Cattolica, y se titula *I rotoli del «Compendium historie in Genealogia Christi» di Pietro di Poitiers: origini e primo sviluppo dal testimone di Milano, Biblioteca Trivulziana, ms. 498*. La cuarta dedicada al estudio específico de la poesía en formato rollo es de Giuseppe Frasso de la Università Cattolica, *Poesia in forma di rotolo*. La quinta y última, obra de Gino Roncaglia de la Università della Tuscia, *Oltre il libro: le frontiere del testo digitale*, desarrolla la idea del texto que se desenrolla en el mundo digital.

El segundo de los apartados lleva por título *La parola sul foglio: spazio e resa grafica* que también está constituido por cinco aportaciones. En la primera de ellas Saverio Campanini de la Università di Bologna, estudia el paso del rollo al codex de la Biblia hebrea en su *La luce oltre la siepe: la Bibbia ebraica dal rotolo al libro*. Ursula Stampfer de la Abbazia di Novacella, en la segunda aportación de la sección, en su *Gli anni d'oro dello «scriptorium» di Novacella* analiza este *scriptorium* del monasterio de los agustinos próximo a Bressanone. Donatella Frioli de la Università di Trento, investiga las obras maestras de la producción bibliográfica de la Corte en Rímìni de los Malatesta en *Prosa, poesia e illustrazione alla corte malatestiana di Rimini*. Paul F. Gehl, Curator Emeritus de la Newberry Library de Chicago, revisa los textos de gramática de los humanistas Bávaros y del historiador Johannes Aventinus para la formación de los vástagos de la casa Wittelsbach en el trabajo que titula *Humanist Pedagogy and «Humanist» Design: The Bavarian Case of Johannes Aventinus*. El último de los trabajos de este apartado es obra de David McKitterick de la Cambridge University, que se ocupa del diseño tipográfico y su evolución en *Collecting Early Printed Books for Modern Type Designs*.

Un tercer apartado *Dal testo al libro: organizzare e comunicare contenuti* se dedica a examinar el problema bibliológico de cómo pasar el texto al libro facilitando al máximo la comprensión del contenido. En la primera aportación

de este apartado Ursula Rautenberg de la Friedrich-Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg, en su «*Last words on the history of the title-page*»: *Research on the Origin and Development of the Title Page from Alfred W. Pollard to Today*. repasa el origen y desarrollo de la portada en el libro. La segunda resulta ser complementaria de la colaboración anterior. En ella Marco Palma de la Università di Cassino estudia algunos colofones del siglo XV tanto en los manuscritos como en los impresos en su *Forme e funzioni del «colophon» nel libro manoscritto e a stampa del XV secolo*. La tercera de las contribuciones es un trabajo del director de la publicación. Edoardo Barbieri examina en su «*Dinanzi a la quale poco si potrebbe leggere*»: *il problema delle rubriche in alcuni incunaboli delle origini* el problema de la morfología tipográfica de las rúbricas en los primeros incunables. Cecilia Sideri de la Università Ca' Foscari Venezia, observa los *marginalia* autógrafos de Poggio Bracciolini en una traducción de Diodoro Sículo en *Per la tipologia del manoscritto annotato: il caso dei «marginalia» autografi di Poggio Bracciolini sulla sua traduzione di Diodoro Siculo*. El último de los trabajos de este apartado es obra de Antonio Castillo Gómez de la Universidad de Alcalá de Henares que en su *Scrittura e immagine in alcuni testi urbani effimeri nella Spagna della prima età moderna* investiga los textos e imágenes localizados en efímeros de la España urbana de la Edad Moderna.

El cuarto y último apartado se ha denominado *Illustrare il testo / raffigurare il testo, ovvero la sfida tra parole e immagini*. Giovanna Zaganelli de la Università per Stranieri di Perugia, en *Sul «blok-book» e il rapporto fra parola e immagini: il caso della «Biblia pauperum»* analiza la relación entre la imagen y el escaso texto de los libros xilográficos, fundándose en el más reproducido, la *Biblia pauperum*. El segundo de los trabajos incorporados en esta sección es obra de Lorena Dal Poz de la Regione Veneto, que, con el título *Forme del libro illustrato nella biblioteca del vescovo di Trento Johannes Hinderbach (1418-1486)*, aporta un análisis de la biblioteca de este obispo de Trento. A las ediciones ilustradas del *Orlando Furioso* dedica su investigación Martyna Urbaniak de la Scuola Normale Superiore di Pisa, en su *Per parole e per immagini: le edizioni illustrate dell'Orlando Furioso*. La cuarta aportación de la sección es de Gianfranco Crupi de La Sapienza Università di Roma que en su «*Imago «mobile» librorum» i libri animati antichi* repasa los libros con elementos móviles existentes. Finalmente, Duccio Dogheria del Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Trento y Rovereto, en su *Editoria sperimentale all'Archivio del '900 del MART: la biblioteca dell'Archivio di Nova Scrittura, dal Futurismo al futuro* ofrece una perspectiva sobre los libros futuristas y de vanguardia existentes entre los fondos del citado museo.

Tras la parte expositiva de la obra se incluyen los *abstracts* en inglés, únicamente, de todas las colaboraciones.

Sigue una selección de una docena de imágenes con una escueta explicación sobre las mismas de entre las expuestas en Rovereto.

Después de esta selección de imágenes comentadas se introducen tres índices: uno de manuscritos y documentación de archivo, otro de ilustraciones y uno onomástico y geográfico realizados bajo la responsabilidad de Stefano Cassini.

El tema que recoge este volumen es de gran relevancia mucho más ante la realidad actual que cuestiona continuamente la supervivencia del libro tradicional en términos de conservación, producción y usabilidad. En este volumen se ha reunido a un grupo autorizado de académicos de renombre para tratar de responder con la mayor eficacia a los problemas que se habían planteado.

Manuel José Pedraza Gracia

Andrea LINDMAYR-BRANDL y Grantley MCDONALD (eds.), *Early printed music and material culture in Central and Western Europe*, Abingdon, Oxon; Nueva York, Routledge, 2021, 356 p., ISBN 978-0-3673-5953-9.

Entre los años 2012 y 2020, la musicóloga Andrea Lindmayr-Brandl, de la Universidad de Salzburgo, dirigió dos proyectos de investigación dedicados a la imprenta musical temprana en los territorios de lengua alemana; entre uno y otro cubren un periodo de alrededor de ochenta años, desde el surgimiento de la estampación de música, en la década de 1470, hasta el ecuador del siglo XVI. Fruto de estos proyectos es la base de datos *vdm* (*Verzeichnis deutscher Musikfrühdrucke*), que recoge información detallada de todas las ediciones conocidas, así como de los ejemplares que se conservan de cada una de ellas. Una herramienta bibliográfica de extraordinaria utilidad que dio lugar, en 2018, a *Early music printing in German-speaking lands*, colección de estudios coordinada por Lindmayr-Brandl junto con sus colegas Elisabeth Giselsbrecht y Grantley McDonald y publicada por Routledge. El año pasado apareció, en la misma editorial, un segundo volumen colectivo, *Early printed music and material culture in Central and Western Europe*, el aquí reseñado. Como puede verse, el marco geográfico es más amplio que en la anterior obra, pero el protagonismo recae manifiestamente en la imprenta alemana: sobre ella versan más de la mitad de los textos. También se expande, por otro lado, el arco temporal, el *early* del título es entendido de forma laxa: algunos autores se adentran en la segunda mitad del siglo XVI, y otros incluso en el XVII.

En el primer capítulo, Lindmayr-Brandl escribe sobre los pioneros en la estampación de música mensural al norte de los Alpes, figuras como Gregor Mewes (con sede en Basilea), Erhard Oeglin (Augsburgo) o Peter Schöffler el Joven (Maguncia), cuyos tipos analiza y compara brillantemente. A diferencia de Petrucci en Italia o Attaignant en Francia, todos ellos eran impresores generalistas, no estaban especializados en música; antes al contrario, esta suponía un porcentaje muy reducido de la producción total de sus talleres. Más de cien años después, en la década de los treinta del siglo XVII, el matemático y teórico musical francés Marin Mersenne se lamentaba por las limitaciones de la tipografía para representar música notada, que le habían afectado directamente durante el largo proceso de impresión de su tratado *Harmonie universelle*. En su sugerente contribución al libro, el doctorando

Leendert van der Miesen apunta que Mersenne, insatisfecho con el resultado, intercaló un buen número de anotaciones en su ejemplar de la obra, con vistas a prestarlo al mayor número de lectores posible. A la diseminación manuscrita de la música, que pervivió con fuerza en la era de la imprenta manual, se refiere también Maria Schildt en su estudio de las tipógrafas amberinas Madeleine y Marie Phalèse: es probable que los copistas de muchos de los manuscritos de motetes y conciertos sacros italianos que circularon por el norte de Europa en las décadas centrales del siglo XVII utilizaran como originales las ediciones de estas hermanas, herederas de Pierre Phalèse el Joven. Por su parte, John Milsom atiende a un tipo documental híbrido de singular interés: los manuscritos de música copiada en papel pautado impreso.

La vertiente comercial de la imprenta de música también es abordada en *Early printed music and material culture in Central and Western Europe*. Royston Gustavson pasa revista a un catálogo de ventas de los impresores Johann vom Berg (Montanus) y Ulrich Neuber –activos en Núremberg a mediados del siglo XVI –, una de cuyas secciones está dedicada en exclusiva a la música, algo muy infrecuente. Sus páginas revelan que los libros de polifonía tenían precios más elevados, eran más costosos que los de monodia y que los tratados teóricos. Como es habitual en esta clase de documentos, el catálogo de Montanus y Neuber saca a la luz algunas ediciones desconocidas. Existe una correlación directa –nada sorprendente– entre el formato de un volumen y las posibilidades de que se conserve: hay constancia de ejemplares del 96% de las ediciones en folio anunciadas en el catálogo, mientras que, en el extremo opuesto, todos los libros en treintadosavo se han perdido. De vuelta a los Países Bajos, Louisa Hunter-Bradley ha investigado sobre la actividad mercantil de la Oficina Plantiniana. Sus juegos de libros de partes se vendían en abundancia, a compositores e instrumentistas, instituciones religiosas y, por encima de todo, a otros librerías; en cambio, el mercado para sus primorosos cantorales era bastante limitado, pero granjeaban a la firma un enorme prestigio. En lo concerniente a los aspectos jurídicos, el capítulo de Grantley McDonald y Stephen Rose trata acerca de los privilegios en el Sacro Imperio Romano Germánico del siglo XVI. Se concedían por lo general a los editores, para protegerlos del riesgo que acarreaban sus empresas, y solo excepcionalmente a compositores, entre los que destaca Orlando di Lasso, el único en disfrutar de un privilegio imperial de alcance universal, en virtud del cual todas sus obras pasadas, presentes y futuras eran salvaguardadas de la piratería. La importancia de los privilegios en el ámbito de la música impresa no debe sobreestimarse, advierten los autores: apenas un cinco por ciento de las ediciones consignadas en *vdm* lo llevaban.

En lo que constituye una de las mayores virtudes de la obra que nos ocupa, varios de los trabajos que alberga conectan diestramente la música impresa con su contexto sociocultural. Parte fundamental de este contexto era el humanismo, al que se refiere Elisabeth Giselsbrecht: detalla los usos que se les dieron a los ejemplares conocidos de la edición príncipe de *Melopoiae sive Harmoniae tetracenticae* (1507), una influyente colección de musicalizaciones de odas de Horacio, fruto de la colaboración entre el académico y poeta Konrad

Celtis –llamado *el Archibumanista*– y el compositor Petrus Tritonius. Respecto a la Reforma, sobresale el texto de Moritz Kelber sobre el tipógrafo Georg Rhau, quien en tan solo ocho años, entre 1538 y 1545, dio a conocer nada menos que veinte ediciones de polifonía litúrgica para el rito protestante. Su estrategia comercial consistía en cultivar un público exclusivamente luterano, algo que era excepcional; predominaban los impresores que publicaban música tanto para el mercado protestante como para el católico, independientemente de las creencias religiosas que profesaran. Es muy probable, señala por su parte Iain Fenlon, que el espíritu colaborativo que vinculaba a Juan de León, Martín de Montedoca y otros impresores activos en Sevilla tuviera que ver con el hecho de que compartían simpatías protestantes.

Lo más interesante de la escasa producción editorial española del siglo XVI es la serie de libros de vihuela que se inició en 1536 con *El maestro*, de Luis de Milán, y que continuaría durante cuatro decenios. Sobre los dos que se publicaron en Sevilla escribe ampliamente Fenlon en el último capítulo del volumen. Alumbrado en el taller de Juan de León, *Tres libros de música en cifras para vihuela* (1546), de Alonso Mudarra, constituye el primer ejemplo en nuestro país de impresión musical en una sola tirada, casi veinte años después de que esta técnica fuera introducida en Inglaterra por John Rastell y en Francia por Pierre Attaignant. El segundo es *Orphenica lyra* (1554), firmado por Miguel de Fuenllana; una edición muy sofisticada tipográficamente –a cargo de Martín de Montedoca– de la que se estamparon un millar de ejemplares, cifra que pone de manifiesto las elevadas expectativas comerciales depositadas en la obra. Además de en estos libros para vihuela, Fenlon se detiene en impresos como el tratado *Declaración de instrumentos musicales*, de Juan Bermudo (De León, 1555) o las *Sacrae cantiones* de Francisco Guerrero (De Montedoca, 1555), completando así un magnífico panorama de la edición musical sevillana de mediados del XVI.

Desde nuestro punto de vista, los únicos reparos que cabe oponer a esta obra tienen que ver con su estructura. Está dividida en seis bloques, unos temáticos y otros geográficos, de forma un tanto confusa, y algunos capítulos no encajan del todo bien en sus respectivas secciones. Es el caso del de Carlo Bosi, un estudio de tres libros de misas luteranos incluido en el bloque «Music printing at Wittenberg», a pesar de que solamente uno de ellos fue editado en esta ciudad; habría sido preferible un título alusivo a la Reforma, pues es lo que vincula en mayor medida el trabajo de Bosi con el otro de la sección, el dedicado a Georg Rhau. En cualquier caso, estas tachas no deslucen un volumen que resulta ejemplar por el rigor y la minuciosidad de todos sus textos, sin excepción. *Early printed music and material culture in Central and Western Europe* constituye, en fin, una contribución de primer orden a la historiografía sobre la imprenta de música en el marco de las sociedades de la Europa moderna.

Javier de Diego Romero

María Dolores LÓPEZ-MEZQUITA SANTAELLA; Álvaro HOLGADO MANZANARES (il.), Rafael RUIZ PÉREZ (coord.), *Los grabados en la imprenta cordobesa (1588-1826): xilografías y calcografías conservadas en los ejemplares de la Biblioteca Central*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, Delegación de Cultura y Patrimonio Histórico, Departamento de Bibliotecas, 2021. 293 p.

En 2021, y tras una primera versión en formato digital de acceso libre [en línea: <https://rmbco.odilotk.es/info/los-grabados-en-la-imprenta-cordobesa-1588-1826-xilografias-y-calcografias-conservadas-en-los-ejemplares-de-la-biblioteca-central-00548386>], ha visto la luz la edición impresa de *Los grabados en la imprenta cordobesa (1588-1826): xilografías y calcografías conservadas en los ejemplares de la Biblioteca Central*, coordinada por Rafael Ruiz, con textos de María Dolores López-Mezquita e imágenes a cargo de Álvaro Holgado. El trabajo se engloba en un proceso más amplio de actuaciones dirigidas a describir, preservar y dar a conocer adecuadamente los impresos salidos de las prensas cordobesas presentes en el fondo histórico de la Biblioteca Municipal Central de Córdoba.

La obra se presenta organizada a modo de catálogo cronológico de impresores, comenzando en 1588 con Diego Galván (*Tratado de algunos documentos y avisos*) y progresando a través de veintiséis talleres de los siglos XVI, XVII y XVIII hasta llegar a la producción de Luis Coria y Ramos, responsable de impresos fechados entre 1819 y 1826, con quien se cierra el trabajo.

La descripción se ha realizado de forma pormenorizada, comenzando por una contextualización histórica de cada uno de los impresores o talleres cordobeses, un listado de los títulos de su producción presentes en el fondo antiguo de la Biblioteca Municipal Central de Córdoba con su correspondiente enlace al catálogo, —algo que tiene, lógicamente, mayor utilidad en la versión digital que en la impresa, en la que hubiera correspondido incluir la signatura topográfica del ejemplar—, y finalmente el repertorio de motivos gráficos empleados, ya sean orlas, cenefas, iniciales o grabados a página completa, indicando su localización, medidas y somera —a veces en demasía— descripción del motivo iconográfico.

Como señalan acertadamente los autores en la introducción, pese a la importancia de algunos estudios sobre el grabado de la Edad Moderna, sigue faltando un censo sistemático de estos materiales iconográficos, que contribuya a arrojar luz sobre la producción del libro, los intercambios de materiales y la vigencia de estos mismos recursos. Se trata, en este sentido, de una obra útil que, pese a lo concreto de la muestra elegida, servirá sin duda de herramienta para el investigador en la identificación de ejemplares *sine notis*, así como en el establecimiento de relaciones entre diferentes talleres tanto cordobeses como foráneos y, en suma, para un mejor conocimiento de la historia del libro y la imprenta manual.

Según indican los propios editores, se trata de una tirada muy reducida dirigida fundamentalmente a instituciones y especialistas. La cuidada maquetación y el formato de encuadernación elegidos, a cargo de Zum

Creativos, resultan, sin duda, originales, si bien la leve costura que reúne los pliegos parece dificultar un manejo ágil y una larga vida para el volumen.

Helena Carvajal González

Juan-Carlos CONDE, Clive GRIFFIN (eds.), *La palabra escrita e impresa: libros, bibliotecas, coleccionistas y lectores en el mundo hispano y novohispano: in memoriam Víctor Infantes & Giuseppe Mazzocchi*, New York, Hispanic Seminary of Medieval Studies; Oxford, MIMSS, 2020, 337 p., (Spanish series (Hispanic Seminary of Medieval Studies); 172), ISBN: 978-1-56954-169-2.

Hay monografías que a fuerza de esperar su publicación oficial (dilatada por causas diversas) se acaban convirtiendo en ediciones fantasmas conocidas únicamente por versiones espurias (en el lenguaje de nuestra época: «preprints») para los más afortunados o a través de (auto)citas a pie de página (con el odioso estribillo «en prensa» o «forthcoming») para el común de los investigadores. Así ocurre con la obra que actualmente ocupa nuestra atención: las actas de unas jornadas sobre nuevas tendencias en la investigación del libro hispánico celebradas hacen más de una década (concretamente el 20 y 21 de septiembre de 2010) en el Magdalen College de Oxford bajo los auspicios de los entonces coordinadores, los hispanistas Clive Griffin y Juan-Carlos Conde (ambos profesores de la universidad oxoniense), y a día de hoy también aliviados editores de este volumen. La tardía publicación de esta monografía explica la caída de algunos nombres en el programa original, la adicción de otros nuevos y su aprovechamiento como homenaje a los que nos dejaron más pronto de lo deseado. Con todo, el interés de las diez contribuciones aquí reunidas hace que la espera haya merecido la pena.

La inauguración de este volumen colectivo corresponde a Fernando Bouza (Universidad Complutense de Madrid) con su erudito estudio sobre la presencia de libros científicos en las bibliotecas de grandes nobles castellanos en el Siglo de Oro. A través del estudio de inventarios y correspondencia en archivos nobiliarios Bouza confirma que la aparición de obras de Boyle, Galileo, Descartes y otros autores de la nueva ciencia fue habitual en estas colecciones y reconoce a la aristocracia su protagonismo en la llegada de estos textos a España. Bouza se muestra prudente a la hora de valorar este fenómeno e insiste en que no ha de interpretarse cualquier manifestación aristocrática como una toma de posición política. A ello se suma la propia problemática de los inventarios de libros: la aparición de una obra en una biblioteca no significa que fuera leída. No obstante, el cotejo de documentación de diferente signo permite a este investigador detectar varias motivaciones detrás de este interés por los avances científicos: los intentos de reactivación económica de España a finales del Seiscientos, con la participación de capital noble en el establecimiento de fábricas; la búsqueda de

nuevas formas de distinción aristocráticas; o como el acceso a conocimientos científicos novedosos reforzaba una reivindicación más amplia sobre el papel que la nobleza podía cumplir en la renovación política de la monarquía.

El segundo trabajo corre a cargo de Antonio Castillo (Universidad de Alcalá de Henares), que centra su contribución en los papeles de naturaleza efímera leídos en España durante los siglos XVI y XVII. A tal fin introduce varias disquisiciones de utilidad sobre estos materiales menores indicando varias características, como su uso temporal, lo cual explica sus altas tasas de destrucción en comparación con los libros, y que justifica que tanto su conocimiento (catalogación de los supervivientes) como su investigación avancen con lentitud. Asimismo, insiste que en su estudio han de integrarse tanto las menudencias de imprenta como los papeles manuscritos, dado el protagonismo de estos últimos en algunas situaciones. Aboga finalmente por estudios que definan las características de estos testimonios e identifiquen la función comunicativa que cumplieron en su momento. Poniendo en práctica estas declaraciones Castillo delimita varios tipos de materiales menores y explica su tipo de consumo; es el turno de los textos legales expuestos públicamente (edictos o bandos), de los festivos o publicitarios (los anuncios que daban a conocer próximas actuaciones teatrales o programas de fiestas, la oferta de servicios profesionales o ventas de propiedades, etc.) y finalmente de los libelos y pasquines en los que predomina la transmisión manuscrita y cuyo estudio se complica al conocerse principalmente mediante denuncias judicializadas.

El tercer estudio nos traslada a las investigaciones sobre la imprenta burgalesa quinientista por Mercedes Fernández Valladares (Universidad Complutense de Madrid). En este capítulo presenta los cimientos metodológicos de su «Repertorio digital de materiales iconográficos de los impresos españoles del siglo XVI», un ambicioso proyecto testado a partir de un caso concreto, los impresos burgaleses del Quinientos, y que se basa en trasladar el método de identificación de tipografías al estudio de las estampas. Los beneficios de este censo (hasta el momento formado por más de 500 elementos iconográficos repartidos entre 737 ediciones burgalesas) son variados y entre ellos sobresalen dos: la de profundizar en el estudio de las relaciones entre texto e imagen en el libro antiguo español, por un lado; y la posibilidad de identificar a la(s) imprenta(s) responsable(s) de numerosos materiales *sine notis*, por otro. Esta investigadora pasa revisión a algunos corpus de materiales iconográficos publicados anteriormente y dictamina su escasa utilidad pues se basan en una selección incompleta (fundamentada en criterios de calidad estética) y en unas descripciones incompletas o equívocas. Fernández Valladares, consciente de estas limitaciones en anteriores estudios, parte de unos presupuestos diferentes: la discusión sobre una primera tipología de estos elementos ilustrativos y decorativos (escenas o estampas, orlas, tabernáculos, tacos de figuritas, adornitos tipográficos, etcétera); el estudio individualizado de cada uno de ellos atendiendo también a su tipo de empleo y a las modificaciones que pudieran haber sufrido; el recurso a la documentación archivística (inventarios o contratos en escrituras notariales); y

la adopción de un lenguaje normalizado en sus respectivas descripciones. Una vez acordados estos pasos previos esta autora plantea un modelo de registro para identificar correctamente cada uno de estos elementos y que cubre todos los aspectos susceptibles de estudio: 1. Su reproducción digital; 2. Datos sobre de su materialidad, formalidad e iconografía; 3. Su descripción iconográfica; 4. La enumeración en orden cronológico de las impresiones en que se emplea este u otro equipamiento iconográfico. En las últimas páginas de este trabajo esta autora defiende las posibilidades de estudio que abre la «biblioiconografía» y ejemplifica su aplicación mediante un intrigante caso: el empleo de un tabernáculo xilográfico propiedad del taller burgalés de los Basilea desde 1516 en una impresión lisboeta de 1529 y que vuelve a aparecer en los años inmediatamente posteriores en manos de sus propietarios originales. La respuesta a este aparente viaje de cientos de kilómetros de un solitario taco de madera no se encuentra en un préstamo o alquiler entre imprentas (una explicación que Fernández Valladares critica por manida) sino en que la portada y última hoja en blanco del impreso portugués no fueron impresos en la capital lusa sino en Burgos, quizás con vistas a su comercialización en tierras castellanas.

Si en el anterior capítulo entrabamos de lleno en las intimidades materiales de la imprenta castellana del siglo XVI, la cuarta contribución, a cargo de Idalia García (Universidad Nacional Autónoma de México), avanza un siglo y un océano y nos sitúa dentro del estudio de otras privacidades librescas, esto es, los elementos paratextuales (legales y literarios) de las impresiones novohispanas de los siglos XVII y XVIII. Su aparición en la producción de las prensas del virreinato ofrece algunas peculiaridades frente a sus pares peninsulares, fruto por lo general de la relajación legal, y en las que esta investigadora se detiene; por ejemplo, las licencias son concedidas por los virreyes y no por el Consejo de Castilla, los privilegios editoriales no se identifican a nivel textual como tales sino que aparecen integrados en las licencias previas; el Consejo de Indias no tiene una participación relevante en estos trámites legales; se desconoce la identidad de los responsables de elaborar la fe de erratas en México; o se advierte la ausencia casi completa de la tasa dentro de los preliminares. Una vez advertidos estos cambios la autora pasa lista a estos paratextos y su valor como fuente de información para la historia del libro. Las portadas novohispanas no ofrecen sustanciales diferencias frente a las castellanas si bien se incide que el uso de grabados calcográficos en su decoración es muy raro frente al predominio de las orlas tipográficas. Sobre los preliminares literarios (como dedicatorias o composiciones poéticas) se advierte que no son obligatorios. En cuanto a la fe de erratas existe alguna confusión por parte de la autora pues confunde la lista de errores textuales incluida por iniciativa del autor u editor, como descargo de responsabilidad ante los lectores, frente a la corrección oficial a cargo del Consejo de Castilla. Las dedicatorias, a su vez, solían aparecer acompañadas por el escudo del dedicatorio, mientras que en los prólogos podemos encontrar información sobre los procesos de edición o sobre otras publicaciones. También eran habituales las conocidas como protestas, en las

que se manifestaba que todo lo escrito era acorde a la fe católica, y que podían aparecer bajo fórmulas resumidas en varias siglas. Finalmente, Idalia García se detiene en los grabados que acompañaban las ediciones novohispanas en esta época y para los que establece una original tipología (grabados de portada, marcas tipográficas, retratos, capitulares o florones, entre otros).

Sin abandonar radicalmente la materialidad del libro antiguo, aunque ya dentro de un plano teórico, la doctora Sonia Garza Merino (investigadora independiente), aborda la intrahistoria en España de la bibliografía textual, una línea de investigación del libro impreso interesada en los efectos textuales que sobre la obra ocasionaba el proceso de impresión artesanal. Este campo de trabajo encuentra su origen en Inglaterra a principios del pasado siglo a raíz del intento por recuperar los textos más próximos a la versión original de los escritos de Shakespeare. En España esta corriente tuvo una recepción muy tardía y solo gracias a la iniciativa del filólogo Jaime Moll pudo empezar a salvarse esta distancia a partir de los años setenta. Sus artículos, inspirados en la bibliografía anglosajona, generalizaron el uso de términos hasta entonces ajenos a la academia, como emisión, estado e incluso llegó a intuir la importancia del original de imprenta, esto es, el manuscrito o impreso usados en la imprenta como fuente para componer una nueva edición de una obra. Será el descubrimiento y estudio de varios de estos materiales en el Archivo General de Simancas a mediados de los años noventa el que proporcionó un nuevo impulso a la biblioteca textual mediante la publicación de artículos, presentaciones en congresos y elaboración de tesis doctorales; y que continuó en los años dosmil, con señalados hitos académicos, como la publicación del volumen colectivo *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro* (Universidad de Valladolid, 2000) o el simposio organizado por Anne Cayuela en la Universidad Stendhal de Grenoble en el año 2010. En la actualidad la bibliografía textual se ha convertido en una metodología preferente para abordar la edición de textos de los Siglos de Oro al tiempo que ha generado interesantes debates sobre el trabajo en la imprenta manual (como los recursos del cajista para ganar o perder espacio, por ejemplo) que han beneficiado a nuestro conocimiento del libro antiguo.

Esta obra colectiva continúa su marcha y a través de los siguientes tres capítulos anticipará uno de los campos de investigación con mayor éxito en estos precisos momentos: el estudio de la formación y características de las bibliotecas patrimoniales o de los fondos de libro antiguo que se conservan dentro de muchas colecciones. La primera aportación, firmada por María Luisa López-Vidriero (Real Biblioteca del Palacio Real), es una reclamación a favor de nuevas formas de lectura de los inventarios de bibliotecas aristocráticas que superen las resonancias positivistas y cuantitativas propias de trabajos anterior. Entre otras medidas para mejorar nuestra comprensión de estas colecciones bibliográficas se sugieren las de prestar más atención hacia las ausencias de títulos y contenidos (perceptibles para un ojo entrenado a través de la comparación con las marcas de lectura y propiedad en ejemplares supervivientes o mediante la lectura de correspondencias), la de integrar en el estudio de una biblioteca nobiliaria el archivo personal formado

por su propietario o su familia, u observar en la distribución interna de los libros de una colección indicios de su consumo lector o del desarrollo de estrategias de promoción por parte de sus poseedores.

El siguiente capítulo es deudor de la secular dedicación, cercana a la devoción, del bibliotecario Julián Martín Abad (Biblioteca Nacional de España) hacia los incunables hispanos (producidos en la península o conservados en sus depósitos). Gracias a este estudio el lector podrá conocer cuáles son las bibliotecas públicas españolas que en el pasado contuvieron, o conservan actualmente, los preciados impresos antes del año 1501. De la mayoría no existe sorpresa: catedrales y universidades, con fondos de incunables ricos en origen gracias a donaciones personales, pero que han sufrido sucesivas cribas por la incuria y los acontecimientos naturales y humanos que solo compras posteriores, la expulsión de los jesuitas y la desamortización han sido capaces de sanar parcialmente. Será a partir del siglo XVIII, y sobre todo, en época contemporánea, cuando se aprecie la importancia de estos materiales y, en consecuencia, se estreche su oferta (con el consiguiente alza en sus precios), se desarrollen circuitos de venta especializados (como el que tuvo al París decimonónico o al Londres de Maggs Bros y Quaritch como puntos focales) y se persiga su acaparamiento por los bibliófilos (con colecciones especializadas que llegaran a superar el centenar de ejemplares) y cada vez más instituciones públicas, como la Biblioteca Nacional en Madrid o la Nacional de Catalunya.

La tercera contribución dentro de este bloque informal aparece suscrita por el difunto Giuseppe Mazzochi (Università degli Studi di Pavia). En ella se presentan los resultados obtenidos en la identificación de libros españoles antiguos entre los fondos de la biblioteca universitaria. A Mazzochi no solo le interesaban las impresiones españolas en la península y sus colonias entre los siglos XVI al XVII; sino que también incluyó en su selección, sin superar los límites cronológicos ya esbozados, a todas aquellas publicaciones en castellano, portugués y catalán con independencia de su lugar de impresión; a todas las obras que abordaran las culturas ibéricas; o a aquellos libros con al menos un autor que fuera súbdito de España o de Portugal sin importar lugar de edición o idioma. Este objetivo tuvo como resultado la localización de unas 400 publicaciones quinientistas más otras 800 obras impresas en el Seiscientos. La importancia de esta colección informal queda de manifiesto ante la carencia en Italia de colecciones de temática hispánica de alguna importancia formadas durante los siglos XIX-XX. El examen de sus contenidos revela un predominio de libros religiosos junto con aportaciones menores en historia, derecho y política mientras que la literatura, con apenas peso porcentual, queda representada por tomos facticios de comedias y la aparición esporádica de obras de autores del Siglo de Oro. Esta distribución temática encuentra su explicación tras conocer como la mayor parte de estos fondos proceden de comunidades monásticas como los cartujos o los jesuitas. La ausencia de exlibris españoles, o la concentración de marcas de propiedad en una sola persona, es muestra para este investigador de que no existieron intelectuales ni coleccionistas de la región interesados específicamente en reunir este tipo de

obras. Asimismo, Mazzochi llega a una interesante conclusión tras comparar estos fondos con los conservados en otras universidades italianas: que la cultura ibérica adquirió rasgos universales dado que se localiza una parecida representación de estas obras y de sus autores en regiones controladas en el pasado por la monarquía hispánica como en territorios bajo la tutela de otras potencias.

Las dos últimas contribuciones cierran estas actas, pero abren a su vez la puerta a otra vía de investigación con un gran potencial: el estudio biográfico de antiguos eruditos y bibliófilos (dos perfiles que coincidieron con frecuencia en un solo individuo) a la par que se valora la orientación e impacto de sus investigaciones, las características de sus propias bibliotecas y el tipo de relaciones que pudieron haber sostenido con otros estudiosos y coleccionistas. Estos dos trabajos comparten un mismo objeto de interés, aunque desde diferentes puntos de partida y fuentes: el bibliógrafo pacense Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970). Por una parte, el añorado profesor Víctor Infantes (Universidad Complutense de Madrid), que se preció de considerarse el último discípulo del extremeño gracias al trato de amistad que mantuvo con su viuda y que le facilitó el acceso a su biblioteca personal, ofrece un exhaustivo recorrido por la ingente producción científica de su (informal) maestro y ofrece algunas claves sobre la formación de su colección de manuscritos y libros antiguos, actualmente conservada dentro de la Real Academia Española. En la trayectoria investigadora de Rodríguez-Moñino se reconocen cuatro grandes *leitmotivs*. El primero de ellos (que acaparó todos sus esfuerzos hasta la Guerra Civil) fue su interés por la literatura y bibliografía de su región natal, con derivaciones hacia la historia del arte y el folclore, a través de la localización de fuentes primarias dispersas entre España y depósitos extranjeros. El segundo, motor de su trayectoria académica en el extranjero, fueron sus investigaciones sobre la poesía del Siglo de Oro, en especial la desarrollada en ámbitos populares, mediante la recuperación de materiales inéditos y su difusión a través de ediciones críticas. El tercero se corresponde con su interés por la bibliografía, hasta entonces una herramienta auxiliar y que supo dotar de autonomía para elevarla al rango de objeto de investigación por derecho propio. El cuarto es deudor de su precoz bibliofilia, una afición que no terminó por devorarlo gracias a dos singularidades frente a lo común en otros coleccionistas: su carácter desinteresado (se mostraba dispuesto a prestar los materiales de su biblioteca a otros estudiosos) y el profundo conocimiento de su colección, como así manifestó al dar conocer muchos de estos elementos textuales o iconográficos mediante publicaciones de alta erudición. Añade finalmente Infantes como el crecimiento de esta colección, aunque se benefició de una época de gran bonanza en la oferta de antigüedades, se debió más a las cualidades del propio Rodríguez-Moñino (su paciencia y memoria para completar vacíos pendientes, su precoz reconocimiento de la importancia de los materiales menores o su persistente contacto con libreros, rastros y almonedas), las cuales permitirían con el tiempo sumar colecciones epistolares de grandes personalidades, como

Bartolomé J. Gallardo o Francisco de Goya, o manuscritos inéditos de gran valor, como el que conservaba la versión más antigua del *Amadis de Gaula*.

Por su parte, Pedro Cátedra (Universidad de Salamanca) ofrece otro perfil de Rodríguez-Moñino al prospectar parte del epistolario que el extremeño entabló hasta su fallecimiento con Eugenio Asensio (1902-1996), un filólogo de origen navarro que desarrolló buena parte de su carrera académica en el extranjero. La estrecha amistad entre ambos, reforzada en su trama por sus investigaciones compartidas sobre la historia de literatura hispánica y su común pasión bibliófila (su primer encuentro tuvo lugar en la trastienda de una librería anticuaria), da pie a Cátedra a aportar una valiosa información sobre el tipo de relaciones que mantuvieron como la visión de ambos acerca de la tensa situación política del momento (con quejas siempre veladas por parte de Rodríguez-Moñino a su hastío con la realidad española), las rivalidades con otros académicos, como Menéndez Pidal o Américo Castro, o el coleccionismo y comercio de libros antiguos practicado a título personal y por terceros; será a través de estas últimas referencias cuando conozcamos la forma en que llegaron algunas obras a la biblioteca personal del extremeño, como sucede con algunos manuscritos de Gallardo, así como noticias más o menos crípticas a la posesión de libros rarísimos, como una temprana versión en catalán de «Los doce trabajos de Hércules», obra original de Enrique de Villena, publicada en Valencia en 1514. Su paradero actual, en su momento atestiguado por el único ejemplar superviviente que paraba en manos de Asensio, se ha convertido en un enigma.

Una década separa la comunicación de los trabajos anteriores de su publicación con las correspondientes galas editoriales. Diez años en los que la academia ha cambiado sustancialmente sin que la investigación en libro antiguo haya permanecido ajena gracias a la maduración de grandes proyectos emprendidos desde hace largo tiempo, el contacto con las novedades extranjeras o la entrada de impaciente sangre nueva. Sin embargo, esta circunstancia, que afectaría a muchas obras en parecidas circunstancias, no implica una crítica a los contenidos aquí defendidos en la arena tipográfica. Si bien se ha perdido la frescura de estas novedades historiográficas no sucede lo mismo con el impacto de estas contribuciones. Aunque ya no se reconozca su carácter pionero la calidad de estos trabajos en campos con unas lindes todavía inciertas y unos suelos poco firmes, tanto si nos referimos a trabajar fuentes primarias (archivos nobiliarios, paratextos, epistolarios contemporáneos o testimonios personales) como a la aplicación de metodologías (el desarrollo de bases de datos aplicadas al libro antiguo o el tratamiento de los elementos iconográficos), o al cotejo de los resultados de estudios de casos específicos (sobre bibliotecas patrimoniales, coleccionismo o materiales menores, por ejemplo), acompañará e inspirará los pasos de muchos otros investigadores en años venideros. Vaya por delante mi enhorabuena a los editores (inasequibles al desaliento), a sus esforzados autores y a sus pacientísimos lectores.

Alberto Gamarra Gonzalo

Amparo GARCÍA CUADRADO, *La cultura ilustrada en Murcia: los libros de Jesualdo Riquelme Fontes*, [Murcia], Real Academia Alfonso X El Sabio, 2020, 225 p., ISBN 978-84-121054-9-0.

La localización y estudio de bibliotecas particulares en época moderna a través de inventarios notariales ha sido desde los años setenta una vía preferente en España para el conocimiento de las lecturas de un individuo o a título colectivo (los libros poseídos y/o leídos por un conjunto de personas unidas por su misma vecindad, sexo, pertenencia a una profesión o a un determinado estrato social, durante un periodo concreto). Hasta fechas recientes el reiterado empleo de esta documentación como complemento al conocimiento de un personaje relevante, o como indicador de transformaciones ideológicas más o menos aceleradas, ha arrastrado varios problemas como era la subordinación de la comprensión global de la biblioteca a favor de la división temática de sus fondos, y su posterior interpretación, o un incorrecto trabajo de identificación bibliográfica de cada registro. Afortunadamente, dentro de esta tendencia general, una minoría de autores (como Maxime Chevalier, Trevor J. Dadson o Fernando Bouza, por ejemplo) supieron responder a estas limitaciones mediante una constante formación en Historia del Libro (en mayúsculas), el testeo de nuevas metodologías y el abordaje de fuentes documentales entonces poco estudiadas, como las almonedas de bienes o la correspondencia e inventarios privados dentro de los archivos nobiliarios. Esta semilla, fructificada a través de una larga sucesión de trabajos hasta fechas recientes, ha posibilitado que estudios recientes sobre colecciones bibliográficas alcancen un buen nivel de calidad, como es el caso que aquí nos ocupa.

Nos encontramos ante una monografía firmada por Amparo García Cuadrado, en lo formal profesora de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad de Murcia, y más conocida entre los interesados en el libro antiguo español por su concienzudo trabajo de investigación desde fuentes archivísticas sobre la producción y comercio del libro en tierras murcianas en época moderna (y más particularmente en el siglo XVIII) iniciado a mediados de los años 2000, y que en los últimos años ha alcanzado a la historia de la lectura en esta región a través del estudio de listas de suscriptores y la localización de inventarios. En este trabajo se aborda el estudio de una gran biblioteca murciana, las del notable local Jesualdo Riquelme Fontes. Perteneciente a la élite local y detentador de un importante patrimonio, su temprano fallecimiento en 1798 (a los cuarenta años) dio pie a la realización de un inventario notarial de sus propiedades (acompañado de su tasación), un pormenorizado documento cuya parte dedicada a los bienes muebles (y especialmente a sus libros), posibilita este estudio.

El primer bloque de esta obra, una introducción sobre la educación y la cultura escrita en la ciudad de Murcia en el Setecientos, sirve para contextualizar el estudio que sigue y corre a cargo de Antonio Viñao Frago, también investigador de la Universidad de Murcia y, en tiempos ya pretéritos,

un prometedor estudioso de la alfabetización y la cultura impresa en época moderna, un campo de trabajo que abandonó a favor de la historia de la educación en época contemporánea. Gracias a esta introducción comprendemos mejor la excepcionalidad de la biblioteca del finado Riquelme pues se formó en una capital de provincias al margen de los principales circuitos culturales, con bajos niveles de alfabetismo, con una industria del libro enfocada principalmente a satisfacer necesidades locales y con una oferta educativa limitada al carecer de universidad y con unos estudios controlados por las órdenes religiosas. Es por ello que la calidad y novedad de su colección bibliográfica llamaran la atención de sus contemporáneos, como la del ilustrado francés Laborde, quien la dedicó elogiosas palabras en las memorias de sus viajes y calificó a su propietario como un hombre de buen gusto.

Es en el segundo bloque de esta obra, ya bajo la responsabilidad de García Cuadrado, cuando el estudio de la trayectoria de Riquelme (con atención a sus relaciones sociales, su participación en las instituciones locales y sus aficiones culturales) permiten validar esta identificación como poseedor del «buen gusto» al tiempo que deja patente que sin esta contextualización vital del personaje no entenderíamos correctamente los motivos detrás de su biblioteca, la orientación de su fondo o el uso que de ella hizo su creador y sus herederos. Jesualdo Riquelme, nacido en una fecha cercana a 1756, mantuvo un perfil no muy diferente a lo común en la nobleza local: reforzó la posición de su familia mediante dos sucesivos matrimonios, se dedicó a la administración de sus propiedades (y su defensa a través de pleitos), demostró su devoción mediante su membresía en cofradías de calidad si bien, como nota novedosa, su implicación en el gobierno local fue ausente mientras que su participación en otras instituciones (léase la Sociedad Económica de su localidad) fue pasiva. Sin embargo, sería en el ámbito más cultural donde desarrolló su auténtico potencial mediante la organización de actos privados (las veladas musicales en su palacio), el mecenazgo del afamado escultor Salzillo a través de un encargo para elaborar un rico Belén o su interés por otras manifestaciones artísticas que recalcan su amor por los objetos bellos (pero que también beneficiaban su imagen pública), como la formación de una rica colección de abanicos o la posesión de carruajes de exquisita factura. Y será en este contexto en el que la biblioteca adquiera su verdadero significado, como podemos comprobar más adelante.

A través del tercer bloque llegamos al verdadero corazón de esta investigación, un análisis minucioso de la biblioteca de los Riquelme a finales del siglo XVIII. Y recalamos su carácter pormenorizado porque, a diferencia de otros estudios similares (incluso algunos recientes), la autora adopta dos decisiones muy inteligentes; por una parte, el conceder la misma importancia a cuestiones habitualmente minusvaloradas, pero que llegan a mediatizar profundamente nuestra valoración de estas bibliotecas, como es la localización de esta colección murciana, la disposición de los libros, las vías de aprovisionamiento de los mismos, su materialidad (el formato, la encuadernación o estado de conservación) o su precio (y comprobar la representatividad de la tasación); por otra, en el análisis de los contenidos de

este fondo bibliográfico, el aprovechar su considerable experiencia en el estudio del comercio libresco de la época, tanto para identificar o diferenciar correctamente distintas impresiones de una misma obra como para valorar la importancia y novedad de estos fondos, y cómo eran consumidos, a través del recurso a fuentes primarias (reseñas y anuncios en la prensa de la época, o catálogos de libreros y prospectos de novedades). Partiendo de estas premisas la autora reconstruye registro a registro, libro a libro, la verdadera imagen de esta biblioteca y sus probables usos.

Ante nuestros ojos se despliega una biblioteca de dimensiones medianas (unos 250 títulos) pero con un gran valor económico: más de 18.000 reales atestiguados por la tasación de un librero local cuya profesionalidad (en lo referente al conocimiento del mercado libresco de entonces y su sensibilidad hacia aspectos como la encuadernación, que podían suponer un alza o también un demérito en su valor) es comprobada personalmente por García Cuadrado cotejando algunas de las estimaciones con los precios habituales en la oferta de la época. Se localizaba en el palacio familiar si bien las carencias documentales impiden precisar si contaba con una estancia específica; es probable que los libros se repartieran entre más de una habitación. Por el contrario, si conocemos el sencillo mobiliario en que se conservaban los libros: un escritorio inglés, un armario y un estante. En cuanto a su ordenación era el formato, y no una agrupación por contenidos, el que regía su disposición por estos muebles. García Cuadrado recupera testimonios de la época e interpreta esta distribución como resultado del intento de causar admiración entre los visitantes a través del placer estético. Este beneficio simbólico también parece haber sido el esperado cuando se estudian los tipos de cubiertas que protegían los libros y se comprueba como la pasta, una encuadernación que encarecía el precio del libro frente al habitual pergamino, era la dominante y en muchos casos el resultado de encargos a libreros locales (como demuestran algunas deudas reclamadas a la testamentaria).

Los aspectos comerciales de la colección también son tratados con detalle por esta investigadora. Sobre las vías de adquisición de los libros llegados a esta colección, si bien la documentación localizada es mínima, García Cuadrado apunta varias, tales como las librerías locales (hay constancia en las deudas de la testamentaria del trato frecuente con estos comercios), las herencias familiares (tanto la del suegro como la paterna aunque no se llega a delimitar su importancia numérica), las compras en almonedas (muy ocasionales) y las suscripciones a novedades editoriales, una práctica cada vez más generalizada a finales del siglo XVIII y a la que Riquelme no escapó; la aparición en sus bibliotecas de algunas colecciones incompletas (a la espera de que uno o más volúmenes fueran impresos para completarlas) revela de forma indirecta que el murciano recurrió a esta modalidad, si bien la ausencia de su nombre entre las listas de suscriptores publicadas revela que, o bien lo hizo mediante un librero local, o bien advirtió que se omitiera esta información al suscribirse. Respecto al valor económico de los libros, una vez comprobada la objetividad de su tasación, se destaca que la mayoría de impresos no eran especialmente valiosos (casi $\frac{3}{4}$ de los libros fueron valuados por debajo de los

noventa reales de vellón); como excepción sobresalían por su alto valor (entre 500 y 1.500 reales) algunas colecciones de obras recientemente impresas y conocidas por la calidad de la estampación y el elevado número de volúmenes que las conformaban (por ejemplo, una edición madrileña de la Biblia Vulgata o la colección de títulos de Lope de Vega editada por los Sancha).

El examen de la biblioteca de Riquelme finaliza con una exhaustiva revisión a los fondos que la integraban, previa identificación de la obra descrita en cada ítem y, en la medida de lo posible, de la edición a la que pertenecía, mediante el recurso al Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico español. A fin de simplificar su estudio, y facilitar su comparativa con trabajos similares, la autora se decanta por una clásica división –por número de títulos (aunque hubiera sido deseable también por su inversión económica)– en cuatro grandes áreas temáticas: Ciencias y Artes, Historia, Letras y Religión. Gracias a esta clasificación sabemos que era la Religión (con más del 40% de títulos listados en su haber) la que predominaba en la colección y que era seguida por las Letras (casi un 30%). Bajo la caracterización como libro religioso encontramos una gran variedad de impresos, con contenidos y usos diferentes: destacan, por número, los libros enfocados a la espiritualidad, la devoción o las vidas de santos, conteniendo fundamentalmente éxitos ya tradicionales (como el «Kempis»), y de los que la autora se interroga sobre si pudieron pertenecer (por la reciente impresión de la mayoría) a la segunda esposa de Riquelme; así también varias obras que informan sobre polémicas en el seno de la iglesia española (la cuestión regalista) o que testimonian el interés de Riquelme por conocer los textos sagrados a través de traducciones de la Biblia al castellano. En cuanto a las Letras aflora una minoría compuesta por manuales para el aprendizaje de idiomas (desde el castellano al latín y el francés) o retórica frente a una mayoría de obras literarias con origen en reediciones ilustradas de autores del Siglo de Oro, crítica literaria, varios autores contemporáneos (como Bernardo de Iriarte), numerosas novelas, algunas colecciones epistolares u ensayos sobre la polémica dieciochesca suscitada sobre el legado de España a la cultura europea, así como contribuciones menores desde las literaturas extranjeras.

La Historia y las Ciencias/Artes son los contenidos con menor peso. Dentro del primero queda manifiesto el relativo desinterés de Riquelme por esta materia al presentarse concentrada por grandes colecciones de alto valor fruto de grandes proyectos editoriales de corte ilustrado; encontramos así una buena representación de la historia universal y de España, junto con aportaciones menores de los anales eclesiásticos, sin que existan apenas títulos sobre la historia de otros países, sobre genealogía o procedentes de las ciencias auxiliares. Por su parte, dentro de las Ciencias y las Artes, dado su reducido número únicamente es destacable la aparición de ensayos sobre teoría del arte, que permiten conectar estas lecturas con las otras aficiones de Riquelme, o valiosas colecciones de referencia sobre contenidos científicos, como la *Encyclopedia metódica* o el *Espectáculo de la naturaleza*. Esta irregular aparición quizás se deba, como bien apunta la profesora murciana, a que Riquelme, en su condición de socio de la Real Sociedad Económica local, pudo servirse de

la biblioteca de esta institución para complementar sus intereses en este campo.

La investigación sobre la biblioteca de Riquelme se cierra con un último capítulo dedicado a la trayectoria posterior de esta colección. A falta de conocer la localización actual de los ejemplares que la conformaron (si han sobrevivido), la localización de un inventario de bienes del primogénito del primer Riquelme a mediados del siglo XIX sirve para trazar la evolución de la biblioteca familiar durante casi medio siglo. El análisis de los libros descritos en este documento permite constatar como todavía subsistía una parte importante de la colección original dentro de la familia, aunque se advierte cierto deterioro en las cubiertas de algunos ejemplares, así como la desaparición de unos cuantos títulos (literatura de entretenimiento y obritas de devoción, por ejemplo), unas circunstancias que esta investigadora relaciona con el intenso consumo lector sufrido por estas obras. A su vez, frente a los libros heredados, aparecen un centenar y medio de impresos de nueva adquisición o procedentes de otras ramas de la familia. Su análisis temático permite a García Cuadrado identificar una serie de tendencias que podrían anunciar nuevos intereses lectores: el descenso de la religión, la escasa afición por la historia, una mayor presencia de las publicaciones periódicas y un importante crecimiento de las ciencias (gracias a la adquisición de numerosos manuales divulgativos en lengua francesa) y, menormente, de la literatura.

En poco más de doscientas páginas Amparo García Cuadrado realiza un estudio casi modélico sobre una biblioteca dieciochesca y de su evolución durante parte de la centuria posterior. Es loable su intento de integrar la biografía de Riquelme, sus conexiones sociales y aficiones, y cómo esta serie de circunstancias pudieron influir en la configuración de esta biblioteca. Igualmente, su detenido estudio de casi todas las características ponderables de esta biblioteca, con un recorrido (en la medida de lo posible) desde las vías de llegada de cada libro a su formalidad o temática, debe tenerse presente entre aquellos que emprendan estudios similares en el futuro. No obstante, y como toda creación humana, hay varios aspectos susceptibles de mejora. El primero es el olvido de la fuente documental sobre la que descansa este estudio, el inventario de bienes de 1798, y de cuyas características (con especial atención al tipo de descripción de los libros) no se facilita apenas información, ni siquiera una reproducción fotográfica. Tampoco la autora (quizás por presiones editoriales) ha decidido incluir una transcripción de la biblioteca descrita en este documento, ni la de su sucesor decimonónico, y cuya ausencia conlleva un importante menoscabo a la calidad científica de esta investigación al dificultar la comprobación de la validez de sus identificaciones bibliográficas, el localizar información sobre la presencia de obras concretas en esta biblioteca (o datos individualizados como su encuadernación, nivel de deterioro o tasación) o el poder reproducir de forma independiente sus resultados.

En relación con el tratamiento de estas fuentes documentales se advierte también el descuido con que se abordan algunos aspectos de las bibliotecas aquí estudiadas. Se echa en falta un tratamiento más sistemático del número

de libros heredados frente a los adquiridos por otras vías, de la aparición de obras manuscritas y sus características, de la importancia de publicaciones en otros idiomas (se señala su existencia pero no se facilita ni el número de libros ni el peso de cada lengua extranjera) o, señaladamente, de los lugares o fechas de publicación de cada uno de los libros, lo cual impide confirmar si se trata de una colección bibliográfica caracterizada por la novedad de sus fondos, como así afirma esta investigadora. Además, si nos detenemos en la interpretación que de los resultados destilados en este estudio realiza García Cuadrado, observamos que esta autora resuelve con bastante solvencia tanto el tratamiento de los datos como su exposición posterior, pero que sin embargo vacila a la hora de explicar los cambios en la lectura que observa en las dos bibliotecas, como puede ser la llamativa ausencia de obras genealógicas a finales del siglo XVIII o el notable aumento de obras científicas en francés a mediados del Ochocientos. Se identifican con precisión estas tendencias, pero el lector no llega a conocer el porqué de estos cambios o anomalías.

Alberto Gamarra Gonzalo

Juan MADARIAGA ORBEA, *Una biblioteca bergaresa de la época ilustrada: la de don Rafael de Garitano-Aldaeta*, Pamplona, Bergarako Udala, 2020, 366 p., ISBN 978-84-938106-7-2.

En 1784 fallecía en Vergara el párroco Rafael de Garitano-Aldaeta. El inventario de bienes redactado tras su muerte deja ver unas modestas posesiones que montaban 8.466 reales: un caballo regalado, ajuar doméstico y ropa. Este sencillo patrimonio apunta, solo en apariencia, a un *simple* cura de pueblo vasco, ya que habría que añadir los 10.680 reales en los que fue valorada su magnífica biblioteca, en la que se contaban un total de 636 obras en 1.016 volúmenes. Los libros de temática religiosa eran mayoría, como cabe esperar; pero, junto a ellos se agolpaban volúmenes sobre temas más infrecuentes: agricultura, medicina, física, química, matemáticas, pedagogía, economía política... Algo más del 40 % de la biblioteca se nutría de libros de temática diversa. Además, el idioma en el que estaban escritas la mayoría de las obras, un 35 %, era el francés.

Los detalles arriba descritos son suficientes para inferir que esta biblioteca no era común, ni por su extensión ni por su contenido, en la Guipúzcoa de finales del siglo XVIII; menos aún para un sacerdote. Es por ello que Juan Madariaga Orbea ha decidido estudiar dicha colección de libros en la obra que presentamos: *Una biblioteca bergaresa de la época ilustrada: la de don Rafael de Garitano-Aldaeta*. Madariaga, doctor en Historia que ha sido profesor en la UNED y en la UPNA, es un reconocido especialista en historia cultural en el ámbito vasco. Un exhaustivo análisis de doscientos veintiocho inventarios de bibliotecas de la provincia de Guipúzcoa redactados entre 1675 y 1849 le llevó a la constatación de lo extraordinario de la que se analiza en este libro.

Aquellas personas interesadas en la cultura material libraria encontrarán de sumo interés la colección de libros de Garitano en sí misma, descrita con todo lujo de detalles en diferentes apartados del libro. Por ejemplo, el capítulo IV ofrece una panorámica de la biblioteca, resaltando aspectos generales de interés como la temática de los libros, los idiomas en los que están escritos, lugares y fechas de edición... Después se pasa a describir conjuntos de libros que el autor agrupa en función de la temática o por estar relacionados entre sí. Los numerosos pies de página –en toda la obra pero especialmente en este apartado– sirven para completar una información muy valiosa para aquel que pretenda contextualizar cualquier inventario de libros del siglo XVIII, pues ofrecen una explicación sobre el contexto de redacción y recepción de obras de autores de la talla de John Locke, René Descartes, Jerónimo de Feijoo o Pedro Rodríguez de Campomanes, todos ellos presentes en la biblioteca vergaresa. Además, Madariaga relaciona los datos que ofrece este caso concreto con otras bibliotecas vascas, españolas o europeas y, por este medio, ofrece detalles tan esclarecedores como una mención de aquellos libros que destacan tanto por su presencia como por su ausencia en el inventario.

Otros apartados pueden facilitar acercamientos alternativos a esta colección de libros. El capítulo VI ofrece los datos del inventario en bruto mediante una aclarativa tabla que incluye el título de la obra, su autor, el tamaño del libro, lugar y año de publicación, cubierta, valor de la tasación, tomos, idioma de redacción y temática. El Anexo I facilita la localización de los autores a los que se menciona en la biblioteca, mientras que el Anexo II muestra los nombres latinos de algunas ciudades donde se imprimieron los citados libros.

Aunque todo lo antedicho no carece de interés, Madariaga también apuesta por un enfoque desde la historia social y cultural partiendo de dicho inventario: ¿Quién poseyó estos libros? ¿Cómo y por qué se formó la biblioteca? ¿Qué significaba poseer dichas obras? ¿Quién las leyó y cómo? Para todo ello es indispensable comprender a su principal dueño y sus vicisitudes.

Los capítulos I y II se centran en el entorno y trayectoria vital del dueño de esta reseñable colección: Rafael de Garitano-Aldaeta. Al tratarse de un personaje poco conocido, Madariaga se ha apoyado en una nutrida documentación archivística que lo ha llevado a explorar fondos municipales, parroquiales, provinciales, episcopales y estatales. Para lo que nos interesa resaltar aquí, cabe señalar que la existencia de este sacerdote estuvo salpicada por pleitos y desencuentros con el consistorio, autoridades guipuzcoanas, notables locales, Consejo de Castilla, obispado e Inquisición. Gracias a la documentación derivada de dichos pleitos, Garitano aparece como un personaje polémico y erudito. Entre los pormenores de esta maraña judicial, Madariaga resalta detalles nada anecdóticos que nos llevan ante lo que considero otro punto fuerte de esta obra: la aproximación al siempre escurridizo tema del uso que el coleccionista de libros hizo de su biblioteca, así como a su motivación para adquirir estos volúmenes.

Hombre de notable erudición, Garitano preparó no pocos escritos para defender su posición en los múltiples procesos en los que se vio envuelto. Madariaga muestra cómo algunos de ellos fueron completados gracias a las obras jurídicas que fue adquiriendo a lo largo de su vida. Pero, además de argumentos jurídicos, encontramos también citas de textos eclesiásticos, bíblicos o eruditos que el sacerdote extrajo de algunos tomos de su biblioteca.

Asimismo, para utilizarlos como documentos auxiliares en instancias judiciales, pero también para satisfacer inquietudes personales, Garitano realizó estudios demográficos o geográficos de su villa de notable interés para conocer los pormenores de la Vergara del siglo XVIII y, sobre todo, la mentalidad de este sacerdote, quizás extrapolable a la de otros curas rurales de la época, así como al ambiente de algunos círculos de la villa de Vergara, con su flamante *Semanario de Nobles* en pleno apogeo. Los diferentes documentos analizados permiten también reconstruir el entorno relacional y cultural de este sacerdote, relacionado con algunos miembros de la incipiente Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, a la que envió informes sobre la pionera iniciativa de plantar patatas en su huerta y con la que discutió sobre la pertinencia de utilizar el euskera como lengua educativa. Una vez más, el interés por estos temas se deja ver en su biblioteca; las obras sobre agricultura tienen un peso mayor del esperado para un eclesiástico y, según Madariaga, nos encontramos ante la segunda biblioteca particular guipuzcoana con mayor número de libros en euskera: diecisiete.

Aunque la figura de Garitano es ineludible en esta obra, la verdadera protagonista es su biblioteca como colección de libros dinámica y cambiante. Gracias a información complementaria que Madariaga ha rastreado hábilmente, podemos entender cómo surge, se transforma y se disuelve dicha colección. Parece que la biblioteca comienza a tomar forma en 1764, pero ¿cómo?, ¿por medio de quién? Un breve capítulo III argumenta que el sacerdote se nutría, al menos, de un librero residente en Bayona y de un abogado que vivía en Madrid, además de observarse su relación con notables locales de la talla del conde de Peñafloreda o clérigos de las inmediaciones con quienes compartió libros. Las explicaciones anteriores sobre las vicisitudes de Garitano permiten comprender mejor estas relaciones.

El capítulo V nos muestra el destino de los libros de Garitano tras su muerte. Como solía ser habitual, la biblioteca se vendió a diferentes compradores. Madariaga apunta a que fueron, al menos, cuarenta. Se desvela la identidad de treinta y ocho de ellos en este último capítulo en el que nos acercamos al público lector de una villa guipuzcoana de finales del siglo XVIII. Tras unas consideraciones generales sobre el conjunto de compradores, se pasa a biografíarlos, así como a dar noticia de los libros con los que se hicieron. Eclesiásticos y hacendados fueron los principales compradores. Por ejemplo, el cura párroco Agustín de Iraola se hizo con diez libros de temática religiosa. Por su parte, el hacendado, socio de la Real Sociedad Bascongada y conocido historiador Joaquín José Landázuri Romarate, adquirió nueve obras. Entre los compradores encontramos figuras de cierta preminencia como Joaquín María de Eguía, marqués de Narros, el arquitecto Alejo de Miranda o

el científico Fausto de Elhuyar. Cabe destacar lo exhaustivo de estas biografías, incluso de personajes tan poco conocidos como el albéitar y mesonero Lucas Pedro Martínez de Arroyo, que compró un libro relacionado con su oficio por cuatro reales. Estas biografías hacen que el desmembramiento de la biblioteca de Garitano tome cuerpo, cobrando estos artefactos culturales nuevos usos y lecturas en manos de otros actores sociales.

En definitiva: nos encontramos ante una obra que supera con creces las coordenadas que pudieran evocarse en su título. Las características tan particulares de esta biblioteca –y la nutrida documentación que acompañan a la misma y a su dueño– permiten un enfoque intensivo que es difícilmente aplicable a otras colecciones y que Madariaga acomete con notable solvencia. El análisis riguroso y contextualizado de esta colección de libros permite abrir una ventana en la que observamos diferentes procesos de interés para cualquier historiador del libro en su vertiente material o sociocultural. El estudio nos aproxima a la capacidad lectora y adquisitiva de diferentes estratos sociales, a los usos y apropiaciones de las lecturas, a los hábitos lectores, a las principales corrientes en las que enmarcar obras más o menos conocidas en el momento, a los mecanismos de la sociabilidad lectora... Todos estos aspectos pueden ayudar a interpretar otros inventarios similares que aguardan salir a la luz entre unos fondos documentales tan infrecuentes como valiosos.

Javier Esteban Ochoa de Eribe